

Ya veis que es bien sencilla la historia que a mi labio vino hoy. La escribió ha tiempos, un viejo noble y sabio de la Rusia, que ha muerto lleno de santidad. Grabad sus enseñanzas en vuestros corazones, y llevadlas en triunfo por todos los rincones de la vida, que en ellas está la libertad.

No apaguéis mis acentos con vuestro aplauso recio, —de tantas frases hechas incomparable precio— dejadlos que se agiten, que zumben, su misión no es conquistar halagos, es atronar oídos; dejadlos, que son pájaros, van a formar sus nidos en el dulce regazo de vuestra comprensión.

José María Zeledón

Velada a beneficio del Mausoleo de los Tipógrafos, en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica, el 18 de Mayo de 1913.

La coacción moral

VI

Poco o nada afectos a los artificios teóricos, levantamos nuestra doctrina sobre los firmes cimientos de la realidad vivida, descuidados de rigormismos intelectuales que suelen tener su raíz en juicios dogmáticos o en necesidades del discurso.

La afectividad, la intelectualidad, la acción, todo tiene su equivalente en las reacciones orgánicas, en las vísceras, en los músculos; todo es como eco de la química y de la dinámica de nuestro organismo entero. Cuidémonos, ante todo, de la vida vegetativa y de la vida animal; cuidémonos del hombre como animal que se nutre, que crece y procrea, que se afirma como individualidad y se multiplica como especie. Estética, ciencia, sentimientos e inteligencia hallarán así abonado campo al desarrollo indispensable, mediante el que se supera constantemente el hombre a sí mismo aun cuando la perfección se aleje sin cesar a medida que avanzamos hacia el ideal.

¿Ideal hemos dicho? Expliquémonos.

Acabamos de leer **Los Héroe**s, de Carlyle. Con toda nuestra fuerza de voluntad no hemos podido vencer la impresión de cansancio que cada página iba dejando en la mente y en el cuerpo. ¡Cuántos adjetivos fuertes,

sonoros! ¡Qué afanosa rebusca de palabras para expresar lo que de expresión carece en los términos de la realidad! No basta, no, toda la elocuencia de Carlyle, su profundo y finísimo sentimiento; no bastan todas las imaginaciones bellas y seductoras del idealismo para arrastrarnos a prescindir de uno solo de los elementos cerebrales que nos conducen a la admiración más viva, más fuertemente sentida, por la hermosa fórmula del binomio de Newton o por la maravillosa predicción de un eclipse de sol. Una palabra, la combinación de cuatro letras, no puede tener el singular privilegio de dar la posesión de la verdad absoluta al cerebro más rudimentariamente educado en los conocimientos positivos de la ciencia y de la vida. La **realidad**, la verdad del idealismo, son puras ficciones de la loca de la casa, cabriolas brillantes de la mente, ciega por el entusiasmo, por el delirio de la fiebre. ¡Empeño que toca a un mismo tiempo en las fronteras de lo sublime y en los linderos de lo ridículo!

Estos nuestros huesos y esta nuestra carne, estos infinitos fenómenos de la vida particular y de la vida cósmica, esta ciencia portentosa que calcula los sucesos por modo tan prodi-